

nuevos artículos en las gacetas, se me atormentaría continuamente con nuevas y nuevas preguntas, unas veces en tono de burla, otras de una manera más seria: conozco mi ingenuidad, enemiga de todo lo que tiene la menor sombra de mentira, y tarde ó temprano sería necesario confesar la verdad enteramente. Añadid á esto la publicación de mi cuarto volumen, que está extendido en todo el mundo, y en este instante se está ya reimprimiendo. En diversos diarios literarios se han hecho de él los mas lisonjeros anuncios; de todas las partes de la Suiza y Alemania me han llegado cartas de enhorabuena y aun de gracias, y testimonios los mas patéticos de satisfacción. Seguramente nadie le refutará, pero tampoco ninguno creerá que, después de haber escrito tal libro, se puede permanecer protestante. Esto sería una contradicción que quitaría toda su fuerza y persuasión á una obra destinada acaso á producir grandes frutos. Si al contrario, tomando una resolución virtuosa, y sometiendo á la voluntad de Dios, manifestada por tantas señales, confieso sinceramente toda la verdad, resultará sin duda para vosotros sorpresa y aflicción; pero esta pasará bien pronto como tantos otros ejemplos lo han probado: se verán obligados á estimar á un hombre que, sin utilidad alguna temporal, antes sacrificando por el contrario sus mas caros intereses, luchando contra las sollicitaciones que quiebran su corazón, no niega la fe de que está convencido, y gozará de tranquilidad el resto de sus días. Vosotros mismos, queridos amigos míos, no cesareis, no, me lo persuadid íntimamente así, no dejareis de amarme; y yo, por la misma razón que soy Cristiano católico, os amaré aún mas tiernamente. Fuera de esto, todos los miramientos que la amistad y buena correspondencia pueden exigir ó permitir, siempre y cuando quede salva mi conciencia, los observaré con todo mi corazón, y en este punto me remito á los deseos y consejos de mi familia. ¿Os parece necesario hacer una declaración al Gobierno? Os autorizo para ello, y si gustais podreis dar hasta copias de esta carta. — ¿Conviene pedir la demision de mis destinos, en especial la de Consejero secreto, aunque no hay ley que me obligue á ello, y convendría mas bien dar el ejemplo contrario? Lo ha-

ré de buena voluntad. Ya há mucho tiempo estoy disgustado de estos destinos, sea porque no puedo hacer en ellos bien alguno, ó sea por mis vivos deseos de emplear el poco tiempo que me queda de vida en el cuidado de mi salvacion, y poner la última mano á la obra, para la que parece haberme destinado mas particularmente la Providencia. — ¿Pensais que sería necesario ó conveniente dejar á Berna, á lo menos por algun tiempo? Mis bienes, aunque medianos, son suficientes para una decente subsistencia, y espero que mi tierna y amada esposa no me abandonará; mas, si es posible, querría vivir y morir en mi patria. En cuanto á mis queridos hijos, ofrezco incesantes suspiros al Cielo, á fin de que los dirija por el verdadero camino; pero son ya de bastante edad para que yo quiera empeñarlos á seguirme á pesar suyo, aunque las leyes exijan la religion del padre. ¿Quiera el Cielo que tarde ó temprano su voluntad y la de su madre no le sean contrarias! Pero ante todo es necesaria su libre y propia convicción. Lo que en el entretanto me consuela, es la persuasión íntima de que bien presto acaso se verán sucesos en Europa que facilitarán estas especies de conversiones á millones de nuestros hermanos separados: se disiparán muchas preocupaciones, se multiplicarán los ejemplos, y si en este caso mis hijos se inclinan hácia la Iglesia Universal, no tendrán que sufrir la lucha que su padre.

Al presente, queridos hermanos y hermanas mías, y sobre todo vos, tierna compañera de mi vida, si después de esta exposicion ingenua y sincera confesion, me es aun permitido añadir algunos motivos de consuelo, pensad primeramente que no mi voluntad, sino la de Dios, es la que ha dirigido todo esto. Jamás he deseado, y mucho menos procurado esa especie de celebridad literaria que tanta inquietud causa á mi mujer, y que por algunos momentos que ofrezca de satisfacción, no es en realidad sino un manantial de pesares y sentimientos, una corona de espinas. Mas por el bien de la humanidad es necesario tambien haya hombres que se decidan á defender ó restablecer la verdad, especialmente en una época de gran crisis; y en este caso el hombre

no es suyo, no es dueño de sí mismo, hay una Providencia superior que señala á cada uno su lugar. Si yo hubiera podido imaginar que recibiría esta mision, jamás me habria empeñado en los lazos del matrimonio, á fin de no asociar á otra persona á mi infortunio: el Cielo lo ha dispuesto de otro modo: ha tenido en esto sus designios. No atribuyais lo que voy á decir á un vano amor propio: está el hombre muy lejos de ese sentimiento cuando llora, y padece, y sufre en lo íntimo de su corazon; pero considerando el curso de mi vida, se me figura ser como un instrumento en la mano de Dios, que se ha dignado escogermé para preparar ó ejecutar algun designio de su misericordia, y que me conduce segun su voluntad, y no segun la mia<sup>1</sup>. Él es el que me concedió esos dones de espíritu y de corazon, que desde la niñez me hicieron amar con pasion la verdad, y combatir el error, ó lo que me parecia tal: él es el que me inspiró despues esas ideas sencillas y felices, cuyo desarrollo me hizo descubrir un nuevo mundo de verdades: él es el que, hace diez y seis años, me da esta aplicacion exclusiva al mismo objeto, ese valor moral de que yo mismo me admiro muchas veces, esta perseverancia imperturbable, á pesar de tantos disgustos y sinsabores de mi extremada sensibilidad, y de mi natural timidez. ¿No vereis vosotros lo que tantos otros han observado? Él suscita á un Republicano<sup>2</sup> para asentar y restablecer las monarquías sobre su base verdadera: á un hombre sencillo y poco instruido, cuya educacion fué muy descuidada, para confundir la ciencia más orgullosa de los sabios, de que él mismo estuvo imbuido en su juventud, cuyos errores siguió por un instante; á un lego en fin, y á un Protestante, al descendiente de un reformador, para hacer brillar la Iglesia Católica con un esplendor

1 No un instrumento ciego, sin accion propia, no: está el autor muy lejos de ese absurdo modo de pensar; sabia bien que en su libertad habia resistido largo tiempo á los llamamientos de Dios: lo que expresa en esto únicamente es la suavidad y eficacia de la Providencia, que abraza las cosas de un extremo á otro eficazísima, pero suavemente.

2 La Suiza está dividida en varios cantones federativos, y se gobiernan de este modo.

nuevo, y defenderla con armas que no se habian usado hasta ahora. ¿Creeis que yo por mí habria tenido jamás este pensamiento; que sin el apoyo de una fuerza superior hubiera podido ejecutarlo; triunfar de tantos hábitos, desarraigar tantas ideas recibidas desde mi infancia, resistir á tantos vínculos y tan amados para mí como la niña de mis ojos? Decidlo con ingenuidad, os lo ruego con cuanto encarecimiento puedo; ¿no hay en todo esto algo de sobrenatural?

Pero últimamente, amados míos, ¿qué es ser Católico, palabra que os aterra por las preocupaciones de vuestra educacion? Si yo me hubiera hecho ateo, impío, miembro de esa sociedades anticristianas ó sediciosas, nadie habria dicho una palabra: solo algunas almas buenas habrian gemido en secreto. Si me hubiese unido á alguna de las otras sectas igualmente separadas de la Religion dominante y creencia de nuestros padres, como los Socinianos, Moravos, Metodistas, al Misticismo, etc., tal vez se hubiera aprobado esta determinacion, ó á lo mas se habria mirado como un exceso de celo: y reunirse á la sociedad universal, á la gran Congregacion de los Cristianos, la mas antigua, mas numerosa, de la que fueron nuestros antepasados, y está extendida por todo el globo; la que, por mas que se diga, ha permanecido siempre la misma, que no ha salido de otra alguna, y de la cual han salido todas las demás, ¿será una falta y un delito irremisible? Ser Católico, amados hermanos y hermanas mías, no es ser supersticioso; es ser sinceramente Cristiano, ser miembro de la sociedad de los fieles unidos bajo una misma cabeza, en la misma fe, y un mismo culto en toda la tierra: de esa sociedad que en cualquiera país que unó se halle, le hace encontrar amigos y hermanos, le ofrece en todas partes la misma fe y creencia, la misma regla de costumbres, los mismos socorros de caridad en todas las penas é infortunios. Una Congregacion semejante, ¿qué tiene de espantoso, que así os arredre? ¿No forma ella la mayor y mas hermosa Patria? Para mí es mucho mas amada despues que se han relajado ó roto casi todos los otros vínculos sociales. Me inculpais de mudanza de religion, de haber renunciado á la fe de nuestros padres: amados míos, un

Protestante que se hace Católico, rigurosamente hablando, no muda, no varía de religion; vuelve solamente al seno de la Iglesia; es una oveja extraviada que busca al pastor y al rebaño legítimo; un hijo prodigo que vuelve á la casa de su padre; un soldado extraviado dispuesto á defender la buena causa, que se reúne al cuerpo del ejército, y obedece á su jefe. Todo cuanto creen ó afirman los Protestantes, lo creen tambien los Católicos, y mas firmemente que ellos: el Símbolo es idéntico en las dos Confesiones; pues en el vuestro tambien leéis la *Iglesia Cristiana Universal*, y la *Comunion de los Santos*, es decir, de los Cristianos; solo que entre esas diversas sectas no pueden mostraros dónde está, ni qué señales hay para conocerla. Así que, mis amados hermanos y hermanas mías, volviendo á ella, no se abjura la Religion; se renuncia únicamente al Cisma; es decir, á la separación de la Iglesia, á los desvaríos de su propio entendimiento que, segun la Escritura, es la causa de todos los extravíos. No hay un escritor Protestante, aun entre los reformadores, que no llore esta fatal separación, que de tres siglos á esta parte divide á unos hermanos nacidos para amarse y sostenerse mutuamente. Atribúyenla á circunstancias extraordinarias, á abusos verdaderos ó supuestos; pero estas circunstancias ya no existen, los abusos han cesado, han sido reformados por la Iglesia misma: pues ¿porqué no nos hemos de reunir á ella? En fin, hermanos y amadas hermanas mías, pensad que si nadie hubiese abrazado otra fe que la de sus padres, el mundo no hubiera llegado á ser cristiano, y viviríamos aun en el Paganismo y la idolatría. ¡Qué! ¿serán lo mismo el error y la verdad reconocidos? ¿No son mas bien Lutero y Calvino los que abandonaron é hicieron abandonar á otros la antigua fe de sus padres, cuando lo que yo hago es volver á ella? Y nosotros mismos, ¿tenemos siquiera ya la Religion de nuestros padres inmediatos, la que se nos enseñó y transmitió en nuestra juventud? ¿Nuestros hijos recibirán la misma fe? ¡Ay amados míos! ¡Qué mutación tan deplorable se ha obrado entre nosotros de treinta á cuarenta años á esta parte! Ya no hay creencia común; cada uno se forma su Religion particular, ó no re-

conoce ninguna: cada cual explica la Biblia á su arbitrio, ó no cree nada de ella: nuestros ministros mismos están divididos entre sí, y no saben lo que creen, ni lo que deben enseñar; lo que uno afirma por la mañana, otro refuta por la tarde; y estas contradicciones empiezan ya á ofender y dar en rostro á los mismos seglares; porque si los pastores no saben el camino, ¿cómo las ovejas podrán ni deberán fiarse en su dirección? Para consolarnos, se llega hasta decir, que la Religion debe modificarse y reformarse continuamente, de suerte que los que me censuran haber mudado, varian ellos mismos todos los dias. Lo confesó ingenuamente: no me es posible vivir en esta anarquía, en la cual no veo sino el carácter del error, y todo lo contrario de una sociedad religiosa. Mi corazón amante necesita fijarse en una cosa estable, y no la hallo sino en la Iglesia Católica, la cual tiene este carácter de inmutabilidad que se ve impreso en todas las obras del Criador.

¿Os detienen acaso algunos dogmas de la Iglesia Católica? Amados míos, toda Religion tiene sus misterios; ellos son necesarios para humillar nuestro orgullo, afirmar nuestra fe, y elevar nuestra alma hasta el Sér incomprendible, es decir, á la Divinidad. En la naturaleza todo es maravilloso; vemos y sentimos los efectos, pero no comprendemos la posibilidad ni las causas. Dios mismo, su autor y legislador invisible, á quien no conocemos sino por los ojos de la fe y por los efectos de su poder, ¿no es el mayor de los misterios? Mi célebre abuelo<sup>1</sup> nos tenia ya dicho, que de todas las objeciones de los impíos, la que se tomaba de la incomprendibilidad de los misterios, era la mas absurda de todas: muchos dogmas de la Iglesia Protestante exceden tanto la capacidad de nuestro entendimiento, como los que os figurais propios de la Iglesia Católica. Por lo demás, reconocida una vez la divinidad de esta Iglesia, es necesario escuchar á aquellos de quienes Jesucristo dice: *El que os oye, á mí me oye*; y yo no pretendo saber mas que tantos grandes ingenios de 18 siglos. En fin, la Iglesia halla sus dogmas

<sup>1</sup> Alberto de Haller, del Consejo supremo de Berna, señor de Goumsens le Jart y Eclugens.

en la Santa Escritura, que vosotros admitís tambien : ¿porqué le negareis el derecho de interpretarla, que invocais para vosotros, y aun para cada individuo en particular? Á lo menos ella la explica de un modo conforme á toda la antigüedad y á la inmensa mayoría de los Cristianos, y de un modo que excita y produce en el corazón de los que creen, una fuerza sobrenatural, y consolaciones inexplicables.

¡Hallais sin duda que hay en el Catolicismo muchas ceremonias, y se os dice que esta Religion no consiste sino en un culto exterior! Amados míos, yo pensaba antes lo mismo, pero he visto por experiencia propia que juzgábamos sin conocimiento de causa, y me he desengañado enteramente. Leed las obras célebres de los doctores Católicos, las admirables Pastorales de sus Obispos, los sermones de sus predicadores, sus sublimes comentarios de las Escrituras, la magnificencia de sus Cánticos y de sus Oraciones, y tantos admirables libros de devoción y de moral; y vereis si no tienen ideas más grandes, más elevadas, más puras sobre la religion interior, que los nuestros. Las ceremonias y prácticas del culto exterior son la expresion natural de la fe; todas tienen un fin y un sentido moral; contribuyen infinitamente para afirmarnos en los nuevos hábitos, y elevar el alma á las ideas religiosas. Por lo demás, no son cosas absolutamente necesarias; pueden, como sucede entre vosotros, variar segun las circunstancias, y varían en efecto como objetos de pura disciplina. Si hay muchas entre los Católicos, ciertamente son demasiado pocas entre los Protestantes; y si es posible exceso en lo bueno, mas estoy por este que por la escasez. Simple fiel, no me toca juzgar á la Iglesia: ¿qué confusion no reinaria, si cada uno quisiese reformarla á su modo? En nuestras repúblicas y gobiernos populares no todos los usos y formas me agradan igualmente; y sin embargo estoy obligado á someterme á ellas y observarlas, si quiero permanecer miembro de la sociedad.

Tal vez creéis que la Biblia basta, pues es la palabra de Dios, y que cada uno puede deducir de ella su Religion. ¡Ay amados hermanos y queridas hermanas mías! los Católicos tienen no menor conocimiento de la Biblia que

nosotros; la citan mas frecuentemente, recomiendan su lectura á los fieles; y sobre todo la creen con una fe mas viva que la nuestra; me ha parecido siempre que la explican, y la explican de un modo mas elevado y mas espiritual. De ellos la hemos recibido, como todo lo que tenemos de bueno y de Cristianos: sin la Iglesia Católica ni aun tendríamos Biblia; sobre su testimonio creemos su Divinidad, su integridad, su autenticidad; solamente ella piensa, y siempre ha creído debía ser así, que cuando se suscitasen dudas ó contestaciones sobre su sentido, á la Iglesia sola toca el interpretarla. La Biblia es un libro ó una coleccion de libros santos de la Iglesia, ó de la sociedad Cristiana; pero no es esta sociedad misma: así como las leyes escritas no forman ellas solas un reino temporal. Serian una letra muerta, sin el espíritu de la autoridad de quien dimanar, que las vivifica. El Cristianismo existia antes que la Biblia, á lo menos antes del nuevo Testamento; los Apóstoles mismos no la tenían. ¿Dónde habeis visto jamás en el mundo propagarse y conservarse pura una Religion por medio de un libro solo, que unos no leen, y otros comprenden mal, dejado á la interpretacion arbitraria de cada uno, sin Sacerdocio y sin ministerio? ¿No conoceis que, segun este principio, se podrian abolir tambien nuestros templos, nuestros Pastores, nuestras escuelas, y nuestros Catecismos? Demasiadamente vemos ya los efectos deplorables en esa multitud de sectas extravagantes, y algunas veces abominables, que asolan nuestras ciudades y aldeas; sectas, contra las cuales, atendido el pretendido derecho de la interpretacion individual, no hay remedio, y que acabarán por destruir en ellas toda Religion, y producir terribles trastornos, ó reducirnos forzosamente á la unidad Católica.

Os quejais, en fin, que la Iglesia Católica os condena, y pretende que fuera de ella no podeis salvaros. ¡Oh queridos míos! ¡y qué poco conoceis la inmensa caridad de esta buena Madre, que tan imprudentemente hemos abandonado, mas por nuestra desgracia, que para la suya! Ella no condena vuestras personas, sino solamente vuestros errores, ó los falsos principios que se os enseñan: así como el médico no condena ó aborrece al en-

fermo, sino á la enfermedad: no, no os aborrece; no, os ama; os llama sus hermanos, aunque separados, cuando vosotros jamás dais á los Católicos este dictado amigable; ruega por vosotros todos los días al pié de los altares; gime el haber perdido tantos hijos que ama, y ve entregados todos á los lobos, es decir, á todos los falsos doctores; y privados de tantos medios de santificación. Todas las sectas están conjuradas contra ella, no por una fe, sino por un odio comun; y esto es precisamente lo que me ha demostrado que debia ser la verdadera, porque todos los errores, aun los más opuestos entre sí, se concuerdan en aborrecer la verdad, así como veis en nuestros días á todas las sectas políticas dividirse hasta lo infinito por sus constituciones extravagantes, y sus poderes facticios ó usurpados, y no reunirse sino en su encarnizamiento contra todo Soberano natural y legítimo. La Iglesia Católica sola vuelve bien por mal, amor por odio, beneficios por insultos; hace bien á sus mismos enemigos, alivia y consuela á todos los desgraciados de cualquier país y creencia que sean. ¿Dónde habeis visto jamás un verdadero Católico que os haya hecho mal? Yo, puedo decir, no he recibido sino bien en todo el curso de mi vida, y me es imposible aborrecer á los que me aman. Y si es permitido citar cosas puramente temporales en apoyo de una verdad general; Berna, nuestra patria misma, en todas las épocas críticas de su existencia, ¿dónde ha hallado amigos sino entre sus antiguos hermanos los Católicos? Al contrario, ¿quién le ha envidiado esa felicidad de que gozaba en otro tiempo; quién ha procurado dañarla; quién la ha abandonado en todos sus peligros? Mirad al derredor de vosotros, yo no os lo diré. Temporalmente á lo menos, el hombre no se salva, dejándose llevar de todo viento de doctrina, sin tener creencia alguna fija y comun. En las guerras de este mundo no se alcanza la victoria, si cada uno combate ó duerme á su arbitrio, si todos quieren mandar, y ninguno obedecer. Lo mismo sucede en las guerras que tenemos contra el infierno, es decir, contra las potestades invisibles del mal y del error. En cuanto á la salud eterna, de la cual la gracia ó la salud del alma en esta vida es una condi-

ción, su imagen y precursora, si de buena fe, si de toda voluntad dais crédito á la verdad de la Religion Cristiana, y cumplís los deberes que esta cualidad os impone, sin duda que Dios no imputa el error involuntario, el error invencible, y os libertará de él<sup>1</sup>. Pero yo, convencido doce años há de que estamos fuera del verdadero camino, persuadido ciertamente que la Iglesia Católica es la legítima y verdadera Iglesia, la Iglesia de Dios vivo, la columna y firmamento de la verdad, *¿no me condenaría eternamente á mí mismo*, si no me reuniese á ella, sobre todo cuando el dedo de Dios parece que me llama de un modo tan evidente? No soy tan temerario que juzgue de la misericordia de Dios en la otra vida; pero me parece demostrado que sin un regreso sincero á la Religion y á la Iglesia Católica, no hay absolutamente salud en la tierra, y que aun por esto vino Jesucristo á establecerla.

Perdonad, amados míos, esta larga efusion de mi corazón en un asunto de tanta importancia. He pensado que una profesion de fe tan sincera no podria menos de mover almas bien nacidas: ¿y las hay mas preciosas que las que el Cielo me ha concedido en mis parientes, en mis hermanos y hermanas naturales y políticos? ¡Oh! jamás podré darle las debidas gracias, ni manifestarle dignamente mi reconocimiento. Consolaos, amados míos; vuestro hermano no será desamparado, el brazo de Dios lo sostendrá. No lo dudeis, vivimos en una de las épocas críticas del mundo, y sucesos increíbles van á prepararse. Por entre ruinas aparentes, y purificada por las desgracias, la Iglesia antigua y Universal se levanta mas majestuosa y santa que nunca, después de una larga y terrible persecucion. Por todas partes gana almas aun sin proteccion alguna de las Potestades temporales. Una especie de juicio universal se acerca, ¿y quién sabe si es el último? El mundo está dividido entre cristianos unidos al centro comun de la Silla de san Pedro de una parte, é impíos ó ligas antieristianas de la otra. Estos dos partidos solos se combaten, porque solos están organizados; pero todas las almas justas, todas las personas sinceras y

<sup>1</sup> Véase el *Catecismo de Feller*, n. 414, t. 3<sup>o</sup>. *Bibl.*, p. 533, donde se ve aclarada esta idea.

religiosas entre los protestantes, se acercan y deben acercarse mas ó menos á sus hermanos católicos, so pena de que, atendida su dispersion y falta de una creencia común, se les confunda con los enemigos del cristianismo, y se les diga: ¿de dónde venís? ¿á quién perteneceis? ¿de quién sois? no os conozco. Millares de ellos me han precedido, y millares me seguirán. Nunca jamás han sido tan frecuentes las conversiones, ni tan brillantes como en nuestros días: vereis aun ejemplos mucho mas notables que el mio; y podria citaros ya algunos bien admirables en todas las clases, desde los Príncipes soberanos y sabios del mundo, hasta los artesanos y hasta los mismos Ministros, tanto en Inglaterra, como en Alemania y Suiza. ¿Quién sabe si yo no he hecho mas que mostraros el camino? Entre creer y confesar hay muy poca distancia. Me concedéis lo sustancial; ¿porqué os ha de ofender el modo? Dejadme, dejadme esa libertad de conciencia que pedís é invocais para todos los otros: yo vehceré vuestra repugnancia, si es que la teneis: os obligaré á amarme á pesar vuestro: os probaré por mi conducta, si no es verdaderamente santa la moral que me impone y prescribe esta antigua Religion de nuestros padres á que he vuelto. Yo seré mejor esposo, mejor padre, mejor hermano; cumpliré todos mis deberes sociales con mas exactitud aun que antes. No me negueis vuestra amistad, lo que quebraria mi corazón sin mudar mi fe. He pedido á Dios por mi amada esposa, é innumerables cristianos han unido sus oraciones á las mías. El Señor las oirá, y la asistirá con su gracia, para soportar las penas pasajeras que le causo, acaso acaso para cambiarlas en satisfaccion. Mas si estuviese aun triste y desconsolada, yo os la recomiendo: pensad que es vuestra hermana, la madre de mis hijos, la compañera de mi vida; que ha compartido conmigo mas penas que placeres. Amadla, consoladla, derramad el suave bálsamo de vuestros consuelos sobre su corazón; decídlá, que yo no he hecho una mala acción, que vosotros tambien me amais; entonces la calma renacerá en su pecho, se reanimará su valor, y pasaremos juntos nuestros días, sino sin tribulacion, á lo menos llenos de dulzura, de union, de conchordia, y paz. La providencia tendrá tambien cuidado de mis queridos hijos; espero legarles la bendicion

de Dios, y un nombre que no les dejará sin amigos en el mundo. Algunas emociones saludables, algunos ejemplos de la virtud afligida, ó de inocentes perseguidos, les podrán servir mucho, y harán un gran bien á su alma. Muchas veces he temido para ellos esa prosperidad no interrumpida, que por lo comun produce y fomenta el orgullo, endurece y seca el corazón. En fin, queridos y amados hermanos y hermanas mías, si me es permitido pedir tambien por mí, ahora que son los días de la semana santa, yo os ruego, os suplico por la caridad de nuestro comun Salvador Jesucristo, no me hagais esperar en vano la contestacion á esta larga carta; sacadme de las mortales inquietudes que han turbado mi mansion aquí. Decidme que la gran crisis ha pasado; que continuareis amándome, y nada he perdido de vuestro amor; que mi mujer se somete tambien á la voluntad de Dios; en fin, que puedo ir á abrazaros y estrecharos, y estrecharme en vuestros brazos. Pero si no fuese así, si debiesen éstarme reservados aun nuevos trabajos, si lo que no espero de vuestro amor y rectitud, debiéseis vosotros mismos abandonarme, y alejaros, y enagenaros mas ó menos de mí, yo no dejaré de amaros hasta mi último aliento, acaso acaso mas próximo de lo que se piensa, atendida la debilidad de mi salud, causada por tantos trabajos, por mi extremada sensibilidad y continuas agitaciones morales. — París, 13 de abril de 1821.

CÁRLOS LUIS DE HALLER.

Esta carta salió de París el 13 de abril, llegó el 17 á Berna, y á la mañana siguiente fué leida en presencia de toda la familia de Haller, cuyos individuos todos quedaron conmovidos con su lectura, y se apresuraron á asegurar al autor que su regreso á la Iglesia católica no habia disminuido el amor que le profesaban. Despues ha tenido el dulce consuelo de verlos seguir su ejemplo. Tirada ya la mayor parte de esta carta, hemos visto la traduccion anunciada en Valencia en el año anterior, é impresa desde el 1822 en Barcelona, y nos alegramos mas el haberla traducido de nuevo: las circunstancias de aquel tiempo obligaron sin duda al editor á suprimir lo que dice de la *Impugnacion de la Constitucion española de 1812*. Al de un Ministro, y un Estadista, hemos creído, para completar esta parte de nuestra obra, añadir el de una tierna jóven en la siguiente carta dictada no menos por la sensibilidad de su corazón, que por los dulces atractivos de la gracia de esta Religion toda divina, á que el Señor en sus misericordias se ha dignado llamarla.